

## DESAHUCIADOS Y SONAMBULOS (Aproximación a Mariño Palacio)

---

*Miguel Angel Campos*

---

*"Pero a la voz a quien, constante, empeñas, le hacen  
falta tus ámbitos distantes".*

IDA GRAMCKO

-A-

Camina despacio, como si toda prisa fuera ya inútil, sabe que llegará a tiempo pero la nota que lleva en el bolsillo le parece irremediable, desde un tiempo para acá procura cuidarse de las reacciones atropelladas, pero esa es sólo una de las presiones que debe enfrentar: la otra es el tiempo mismo en que vive. Esto lo ha comentado con los demás, pero por razones que aplazan no se han detenido en el análisis de ese síntoma. Saben que el momento exige acción, casi violencia, pero ¿Qué circunstancia similar no lo exige?; esta es la interrogante que los lleva a proponerse ser diferentes: aman la reflexión.

La ligera neblina de la tarde oscurece más la ciudad que persiste en iluminarse con el pálido neón. Se palpa la corbata salpicada y arreglada con negligencia y apura el paso. Bruscamente añoró la calidez del periódico. En los dos años que lleva en la ciudad ha asistido a una impulsiva transformación del centro, pero siempre que pasa por esos sitios encuentra que hay algo tímido y opaco en el bullicio que empieza a replegarse. Conserva algunos recuerdos de Valencia y decididamente le parece una lenta aldea, y aún más atrás en borrosos cuadros, el griterío

cóncavo de la calle de Maracaibo que alguna vez trata de imaginar.

Quizás como nadie, reconoce un vaho que desprende la discreta algarabía y se le antoja que tal manera de sobrevivir es una novísima conducta, alguien le ha dicho que todo desaparecerá cuando cada quien descubra la sincronía de sus movimientos, sólo que nota que todos hacen su trabajo y parecen felices. En todo caso, -piensa- algo está concluyendo, algo que determina las aspiraciones y la agonía de quienes viven en las grandes ciudades y entiende que ese algo es causa de cambios que no es fácil aprehender, frente a los cuales la sensibilidad puede derivar hacia la perplejidad o el escepticismo. Eso lo angustia y en parte es el motivo de esa premura impostergable que lo arrastra a él y a sus compañeros de generación. Sin embargo, la sensación de desorden que lo acosa cuando piensa en el artículo que recién escribiera tiene que ver con la tribulación de quien padece incógnitos presagios. La actividad que en las últimas semanas lo han precipitado con todo el placer imaginable a una febril creación es causa de su agotamiento, pero sabe que son ocasiones excepcionales en que la actividad cultural copa la escena y hay que darse a cabalidad; además, está ese otro asunto del veredicto de El Nacional que los toca públicamente; con un académico y frío razonamiento pretenden negar el duro trabajo que se han impuesto. Declarar el concurso desierto ya era injusto, pero explicar esas razones es un verdadero insulto. Niega de plano la renovación que intentan los jóvenes narradores. Sin embargo, no deja de ser lamentable que Ernesto Mayz no haya sido secundado por los otros dos en su rechazo a la subalterna premiación que pretende ser didáctica.

No desea enfrascarse por mucho tiempo en la polémica que tiene tonos de seguir, ha iniciado una novela ambiciosa. Pero hay que defenderse, el momento no volverá. Quiso restarle importancia a la sátira de El Morrocoy Azul, pero lo entusiasma traviesamente el hecho de que el director haya sido uno del jurado. Habrá que buscar tiempo para ambas cosas.

Duerme poco los últimos días y desde hace varias mañanas no busca a J.M. González en la Biblioteca Nacional, piensa que con suerte lo conseguirá en la redacción. Le preocupa también Moraima, la ha descuidado en uno de esos accesos de indiferencia que sabe son más físicos que emocionales. Hay otra dama en la que no quiere pensar. Empieza a subir el segundo tramo de las escaleras y reconoce a la persona que va delante llegando al piso del diario. Voltea y lo saluda, le responde entusiasta. Lucila, que en otras ocasiones coincidiera con él en las escaleras lo saca de sus cavilaciones hasta la hora vaporosa de las maquinillas que roban la atención de los amigos. Presiente que le harán algún chiste, acaba de pasar de la crónica deportiva a la página editorial, se lo puede hasta imaginar, ha llegado a entender la lógica de los reporteros policiales.

En realidad no le desagrada venir a la redacción, es sólo que aún persiste en él la romántica noción de las redacciones fatigadas de intensa conversación intelectual. Notó el primer día que todo se parecía terriblemente al ajetreo artesanal de una fábrica, en cambio, siente un especial afecto por la trastienda, donde se corrigen las galeras, por esos muchachos delgados y fumadores que hablan entre sí de las mil minuciosidades de la calle mientras mecánicamente sustituyen una mayúscula por una minúscula. Ese cuadro de aparente contraste le agrada. Pero las redacciones, en cambio, lo decepcionaron para siempre.

Valmore le hace unos señalamientos sobre el artículo que ha llevado, pero contra lo que pudiera haberse esperado, éste le habla del tema. Quiere cosas más concretas para una página editorial. "Es bueno tu tema, -le dice- "El arte de divagar" me parece interesante, pero el momento...". Entiende lo que quiere decir el director y sonrío. Ha aprendido a sonreír a su época y nuevamente recuerda la frase de Mallea:

"Quien no se sienta en este instante del mundo...".

Sin embargo, su comprensión no es un acto de pura benevolencia y sabe que Valmore lleva por dentro otra pasión, pero no sólo se la respeta, esa pasión lo conmueve; los años por venir recordarán con amabilidad esa amplitud suya: el hombre que pide cosas más concretas desfallecerá en el exilio sin ver el ocaso del aprobio que lo desterrará.

Sale acompañado de Lucila. La ciudad que lo inquieta ríe levemente en la penumbra. Lo nota. Pregunta algo a Lucila sobre la humedad de la noche, Lucila no entiende bien y repregunta, se calla. Cosas concretas, reflexiona sobre eso. Intenta conversar pero lo embarga un profundo desánimo. Su acompañante se despide y Andrés queda vagando displicente en la noche.

-B-

La ira con que Andrés Mariño-Palacio irrumpe en la literatura está vinculada íntimamente a un minucioso y doloroso proceso de formación que llega casi a agotar las posibilidades de asombro del escritor arrancado sistemáticamente a la adolescencia. Su autosuficiencia y su ironía de recurso no son más que la espléndida manera de manifestarse una rebeldía que no debió ser del todo grata a su espíritu individualista y burgués. Pero por otra parte, no era posible que reconocieran calidades que no estaban respaldadas por prestigio alguno, salvo el que se construía sobre la marcha y que necesariamente debía ser inseparable de un desenfado que exigía responsabilidades para ejecuciones apuntaladas por el rigor de la disciplina. Las ardientes polémicas - equilibradas o no- a que lo llevaba su personalidad exigente eran la explicación angustiosa que un hombre sumergido en los coherentes orígenes daba a quienes no lograban concebir el arte como una majestuosa abrumación. La preocupación por indagar el sustrato teórico de un oficio que para él se presentaba como definitivo, sitúa a Mariño-Palacio

-y podría decirse que a Contrapunto- en una posición de exigir valederas y elaboradas reglas del juego.

Quizás en ningún narrador venezolano haya sido tan desmesurada la deliberación de componer una obra que con nitidez propusiera si no una renovación, una vigorosa alternativa. Se puede decir que la prosa y el universo de Mariño-Palacio no se forman gradualmente, no se van moldeando hasta adquirir formas superiores, tránsito éste fácil de advertir en cualquier narrador. Poseía una extremada conciencia de la innovación -de la dosis de innovación necesaria para conmover el medio- como para ajustarse a esta dinámica. El libro de cuentos "El Límite del Hastío" asume en ese sentido la expresión dramática de la proposición vertebral del autor: personajes de escasa elaboración que se presentan haciendo alarde de sus rasgos esenciales, deterministas; fundidos con una desesperación que no posee poco del acicate convencional del tiempo. Esto ha dado pie a algunas críticas que señalan el afán del joven por consagrarse rápidamente como una circunstancia que disminuye la densidad de sus dos primeros libros, tales reparos no podían ser más fáciles. No percibe que no concebía la literatura como un instrumento para encumbrarse; a pesar de la siguiente frase, fragmento de su diario parcialmente destruido: "¿Mis Fines? Escribir una sólida obra de novelista, viajar por muchos países, y conquista una posición económica que permita mi total desarrollo...", su noción del oficio tenía que ver poco con la institución. La suya correspondía no sólo a la abismal lucidez que había conquistado en horas de intenso delirio, sino también a esa concepción que tarde o temprano se impone elegir "entre la corrupción y el ascetismo", pero no ignoraba la condición de los ascetas: "Hay un signo perverso, fatal en toda vida que se entrega o se dedica a la exquisitez del arte". Esta apreciación pudiera parecer un lugar común pero en los términos en que Mariño-Palacio fue devorado por ella no es posible más que una secreta reverencia. Es así como la necesidad de fundar arquetipos no era sólo una exigencia a gritos de una literatura,

estaba en la raíz misma del escritor que simultáneamente comparaba las grandes estéticas e intuía las fragmentaciones del hombre y sus relaciones y captaba el compromiso del arte como cronista excepcional.

Los personajes de "El Límite del Hastío" verdaderamente vociferan, pero también en su íntimo discurren son blasfemos, sencillamente porque son puestos a descubrir abiertamente sus necesidades, que ante el marco regular de funciones acalladas adquieren tonalidades escabrosas o exóticas. Por otra parte, el autor sabe que no son cuentos ni relatos metodológicamente, son más bien frescos de precisión, imágenes o aguafuertes recortados con mayor énfasis donde emergen los esplendores y miserias, que siempre habían estado allí, ocultos por la capa fina de diletancia.

Resulta revelador el que este carácter lapidario de la obra de ficción se continúe en los ensayos, refleja esto una unidad de estilo y personalidad, unidad sensorial difícil de concebir en el escritor que desecha y rehace bajo el influjo de los magisterios, porque esta surge bajo el fuego del instinto y la vocación avasallante y que puede tolerarse coqueteos con A.J. Cronin o Stefan Zweig. Tal libertad podía permitírsela más que el autodidacta, el solitario guerrero, el adolescente que había discernido sus riesgos y sus convicciones. Esta objeción también se le ha hecho, su desdén por los estudios formales le hacía deslumbrarse -cuestiona Héctor Mujica y repite Lovera de Sola- por supuestas fatuidades; como si la educación formal fuese infalible para apreciar lo que es trascendente y lo que no lo es. Pero en todo caso había elegido -y nadie más podía hacerlo- lo que lo conmovía y para un espíritu ávido de sortilegios y combinaciones el olor de un aula de clases no debía ser sosegador. Acercarse fragmentariamente a la obra de Mariño-Palacio es un error. El tiempo de que le fue posible disponer, la destructiva pasión que encarnó frente a la literatura, el reconocimiento doloroso de sus capacidades y aspiraciones, unido todo a una ausencia de antecedentes

que le permitieran un benéfico vínculo tutelar, sólo admite un acercamiento dispuesto al deslumbramiento, a la sensación cordial del prodigio arrojado al centro del drama. No es posible otra intención para con el que le ha sido negado asistir a las veleidades de su obra. Hay que entender que el valor esencial no está en las magnificencias absolutas, en la posible genialidad, y podría decirse que nada más extraño a Mariño-Palacio que el genio, preferible pensar en la continuidad poderosa, la tensión latente, la reflexión de la sangre. Nunca es posible enjuiciar con justicia un estallido creador que no alcanzó a posarse dulcemente al abrigo de los moldes que procuran alguna fisonomía. Tampoco se pretende sostener que el nivel de calidad deba valorarse en proporción directa a las limitaciones de una juventud, porque si ésta habría de justificar algo eso sería la temeridad, la actitud desamparada con que el escritor desafió un orden y prestigios establecidos; era desafiar riesgos exponer descaradamente su particular visión de una cultura específica por la que esos prestigios habían pasado, al parecer, sin contaminarse. Pero tal disposición no pretendía convencer a nadie ni exhibir eruditas disquisiciones, sólo aspiraba a mostrar la honda conmoción que le producía ese contacto mágico en el que encontraba dilatadas sus sensaciones.

La formidable determinación con que Mariño-Palacio se entrega a comentar metódicamente los momentos estelares de la literatura nos habla de un inusual culto a la belleza. En el creador que previamente se da a la tarea agobiante de reafirmar y explicitar sus afinidades vemos la necesidad clínica de dar sus bárbaros testimonios, de crear sus propios convencionalismos, de construir sus propios clichés, de inundar con su propia retórica. Es así como muchos de sus ensayos son irregulares, ineficaces, pero en los que estamos dispuestos a reconocer siempre un descubrimiento, porque el adolescente nos está señalando la algarabía de lo viejo, el torrente de su corazón que salpica sus amados escritores, y esto, necesariamente es nuevo en cualquier momento y en cualquier

literatura. Sus ensayos poseen la originalidad que les confiere su ambición desmedida de reconocer en las obras la prolongación de todo drama, la sutileza de la miseria; y sobre todo, la originalidad de quien cree en el arte como la realización fastuosa de las incertidumbres humanas. No jugó a ser maduro, como adverdadamente señala alguien. -Rodrigo Antúñez- sabía que la exasperación y la iracundia no admiten posposiciones y que los estados del temperamento no vuelven, supo que el fragor de la adolescencia es toda la moral de la impertinencia, y en estos calibró con fulgor los valores de la inmadurez.

Su obra de ficción -excepción de Batalla Hacia la Aurora- está llena de situaciones y escenas que lucen violentadas, forzadas posiblemente pero se trata de desajustes en relación a las soluciones de una narrativa que prolongaba esquemas incapaces de moverse con soltura en niveles que implicaran sustancial ruptura. Las reglas que el joven escritor suministra a sus personajes no eran solamente préstamos escuetos de Huxley, Mann, Lawrence, eran eso forzosamente, y algo más, la deliberación de un enfoque y un análisis radicalmente nuevos y para los cuales se sirve de la gama de recursos que yacen en el origen febril de la empresa: las lecturas turbulentas aliadas con una sensibilidad casi orgánica, casi patológica. Son desajustes que aparecen como tal sólo frente a la norma, pero que expresaban la ondulante armonía entre la evolución sensual y ética y lo que esa ética proclamaba para el mundo inmediato, es decir, los audaces proyectos de una adolescencia que se había fascinado en la verificación de su mitología.

-C-

Sobre la silla recostada contra la mesa hay cuatro periódicos de la mañana. Apenas acaba de clarear y el olor a tinta impregna la habitación. Márquez Salas ha quedado a venir, se expondrán mu-



tuamente sus criterios sobre una revista, viejo proyecto que acaricia desde los días infantiles de Valencia. Se levanta, va a la cocina y vuelve a tomar café, abre la ventana y un hilo agudo de frío se cuelga en la habitación. Siente como el chorro de oxígeno casi condensado le hincha los pulmones, la noche anterior se ha dormido tarde y la mañana que se abre con su rocío vegetal es como un tónico que lo inunda y lo purifica. Debíó llegar hacia la madrugada, después de asistir la apertura de uno de esos locales que hacen furor. Rancing es un nombre apropiado, aunque escamotea la verdadera función de bailar -piensa-. Creyó que le iba a agrandar aquello pero luego que hubo saboreado dos high-ball sintió que se asfixiaba, que necesitaba la plenitud de la noche.

Despeja cuidadosamente la mesa y coloca distintas publicaciones de las que piensa servirse de modelo, siente especial afecto por esa primorosa revista argentina de curioso nombre radical. A pesar de que se han advertido que harán algo diferente, es inevitable recurrir a filiaciones que constituyen más que una nostalgia para una generación despojada de todo ritual, que ha rehusado hurgar en el frágil equilibrio de una herencia y que se ha persuadido a sí misma que debe sentirse abandonada. Por otro lado, el país se abre a un original momento político y nadie puede impedir que se sientan los depositarios de un estilo de civilización que los consuela en horas de polémica y exaltación, no importa que la aplicación huelga a algo inverosímil y desvaído. Confía sin reservas en el hombre de letras y en la medida como ha llegado al poder, piensa en los hombres atroces que han dispuesto del país y supone que el proceso democrático habla verazmente de una inteligencia social. Oye en la lejanía el estruendo de la ceremonia que consagra al novelista, la mirada cae sobre el escritorio y reniega de su optimismo: Márquez Salas se retrasa.

Al visitante, que ha ganado un concurso y acaba de publicar un libro, le dice que escribió algo, una nota, insiste en que se la muestre pero

él se niega. En realidad no la ha concluido, pero se promete acabarla cuando Márquez Salas se retire, sin embargo, de tenerla lista no la hubiera mostrado. Examinan en silencio las revistas, interrumpidos sólo de vez en cuando para comentar algún viejo ensayo, Márquez Salas está desesperado por leer el artículo, admira a Andrés y conoce lo exigente que es -es su única dedicación- y ha probado ser duro con quien sea, -piensa en la nota sobre Uslar- además su cerrada vehemencia por la literatura lo hace casi temible. Desiste de volver a preguntar sobre la nota, sólo averiguará a que periódico la llevó Andrés; escribe para varios y los que están en la silla contienen justamente cuatro diferentes colaboraciones. Le impresiona esa capacidad de su compañero. Es justa esa impresión. Andrés escribe sobre cualquier asunto que perturbe su sensibilidad. ("El Indio Genaro que surge destruido desde el fondo de los tiempos es el hombre americano que avanza dándose con un peñasco en el corazón", ha escrito en la nota que guarda, pero en uno de los diarios hay otra que trata el problema del transporte urbano). Casi diría que le inquieta esa capacidad, varias veces se ha interrogado al respecto pero teme incomodarlo hablándole del asunto. A pesar de ser mayor ocho años, siempre se han visto como camaradas de promoción. Desde que empezaron a tratarlo fueron subyugados por el tono doméstico de abordar los distintos temas; pero no era sólo eso, la ascendencia espiritual descansaba en la apacible convicción con la que se daba a la persuasión o al sentimiento, en parte esto le había ganado ese aura de grave espectación.

Márquez recordaba cuando alguien le reprochó casi, que debía dedicarse más a su obra (se refería a la novela) y escribir menos bajo la presión del día, Andrés le había respondido: "Procura entender que esa es mi obra" Ahora entendía, aquella respuesta lo iluminó. Apreció la extraña disonancia entre la disposición polémica y la férrea intimidad, se dio cuenta que procuraba a todo trance conciliar la personalidad con la obra, ahora aparecían con pleno sentido pasadas actitudes que en el

momento parecieron hijas de la pura impertinencia; quiso explicarse también el desorden que reinaba en el libro que Andrés había publicado hacía unos dos años: emerger. Tal era la palabra que aclaraba el mórbido proceder de aquellos personajes. La marcha penosa, casi reptar por sobrevivir que en ese caso era el imperativo de aflorar libre de opresiones, pero en abierta pugna con la organización que las conciencias felices disponían para ellos. Entrevió el profundo afecto que Andrés debía sentir hacia esos seres dibujados en ocasiones de dolorosa certidumbre. Ese era el misterio: el artista que se ha propuesto permanecer leal a riesgo de una vida de desolaciones. Andrés había escrito: "Ciertos literatos de vida gris, de vida insípida y que, además, carecen de imaginación ardiente ¿en qué forma podrían alguna vez escribir obras realmente bellas?, pero eso, Márquez Salas no alcanzó a recordarlo.

La mañana empezaba a recalentar cuando advirtieron que no habían adelantado nada en el trabajo que los ocupaba. No obstante, le continuaba atrayendo sobremanera la revista argentina y esperaba convencerlo para que adoptaran parcialmente el diseño, la distribución de la publicidad, particularmente discreta. Pero sabe que son justificaciones que no necesita, pues lo que verdaderamente lo entusiasma es la vocación profesional, la elegancia que deslumbra su corazón de artista apasionado. Sabe que entre ellos no hay nadie que necesite ser convencido con esos argumentos y menos el amigo que acaba de ver en su alma rigurosa de niño.

El tiempo se diluye, pues como de costumbre, se entregan distraídamente al examen de acontecimientos y simulacros que supongan el ejercicio olímpico de la imaginación. Sólo que Andrés mantiene una zona de penumbra, una zona de frío intimidad donde sólo es dable intuir el murmullo ciego de la contienda. Márquez lo nota desde hace tiempo y alguna vez trató de romper el muro, pero percibió la naturaleza huraña, casi ascética en las lacónicas respuestas. El mismo Mujica con

quien posee una relación más estrecha no ha logrado trasponer ese ángulo arisco que vuelve indefenso y distante al amigo. Quizás la inminente necesidad de sostener su personalidad en dominio sobre sus creencias lo lleva a cerrar cualquier acceso a las vacilaciones de su temperamento, algo que no resulta ajeno en alguien que ha abrazado toda una teoría sobre la conducta del artista militante, sin embargo el mismo Andrés ha prevenido a todos sobre los equívocos de esta concepción, (“Y entiéndase bien que no hablamos de éxitos sociales ni de salones mundanos, sino de la personalidad como resultado del cultivo de ciertas actitudes y disposiciones para con los que diariamente nos rodean”) pero entiende, y esto no lo desveía, que habrá quienes sólo sean capaces de ver la deleznable arrogancia, gente en todo caso, incapaz de tolerar a su generación y coincidir con ellos -piensa- acaso sea la más horrible calamidad que le pueda ocurrir a una generación joven.

-D-

Nos resulta inevitable que en sus primeros libros Mariño-Palacios nos recuerde esos seres demenciales, que traman el caos, de las novelas de Roberto Arlt. Pero sólo eso: la anarquía. Anarquía que en “El Límite del Hastío” y “Los Alegres Desahuciados” se encuentra en estado larval, casi como único instrumento que permite delatar unos valores demasiado nebulosos y cuyo elemento natural parece ser la noche, pero no la noche de las convenciones sociales, sino la noche de lo que se ha expandido brutalmente en un espacio reducido y que inevitablemente deja de ser sujeto del conflicto para convertirse en vehículo vivo que expresa una naturaleza no sólo en pugna con un tiempo social, sino con sí misma, con su íntima incapacidad para el orden. Porque el problema no es el desadaptado que surge y se desarticula, que renuncia a toda lucha porque sabe de antemano que será aplastado por un mundo que lo ignorará, aquí se trata de aquel que se siente investido no sólo por sus

oscuros dioses, sino del poder de una percepción que pone al descubierto los vulnerables vacíos de la condición humana. Este desadaptado sonríe con perversidad porque se reconoce él mismo parte de la decadencia, de ese vacío que no es otra cosa que la inutilidad para exaltar la muerte, para reconocer el fraude. Es de esta manera que el novelista nos da su tesis, a través de una imposibilidad que prematuramente salta al punto de crisis, pero cuyo proceso no asume porque él aparece como último testigo -con todo el horror de un último testigo- manipulando con rabia su impavidez.

Antes que una inmadurez creadora sería más exacto decir que madurez prematura, porque el pesimismo, es decir la imposibilidad es lo que esta propone siempre, sólo que cuando la madurez es prematura le es negada la imponente elegancia, ese sincronismo que todos respetan en las cosas consagradas por el tiempo. La elocuencia que supone posiciones pero no sobresaltos. Por otro lado, no se reconoce que la adolescencia posea una tesis, pues se confunde esta con el magisterio y se nos dice que la pasión no es una tesis. Pero la pasión misma encuentra su pedagogía en el éxtasis y es allí donde se funda la visión que a fuerza de entenderse despojada se nos presenta como una carga de seculares proposiciones, de inaplacados desasosiegos. Una visión que busca su afinidad en viejos dramas para presentársenos irremediabilmente en una mezcla de virtudes escépticas que imponen rígidas condiciones a la vida.

Pudiera parecerle al lector desprevenido que los personajes de Mariño-Palacio están ávidos de vida, en realidad son seres acabados que trocan su moral en subversiva porque no se asoman como quien se asoma a un escenario indulgente sobre el que habrá de desparramar todo el éxito que lleva almacenado en su cuerpo, como mesiánico Babbit. La irreverencia no sólo es una forma de desacuerdo, es la agonía de lo que a fuerza de domesticidad ha alcanzado tal grado de alineación que sólo le queda sucumbir con estruendo, máximo desparpajo que le permite su código de heroísmo.

Sin embargo, aun cuando Mariño-Palacio elige con acierto una actitud ética ante la realidad, es evidente que la notable influencia de sus archiconocidas lecturas se traduce no sólo en la búsqueda de una dignidad estilística sino que penetra otros ámbitos y llega a estremecer -hemos podido decir influenciar- su conducta, el apremio de ubicar ese rastro, ese vínculo del artista con sus páginas lo lleva a magnificar por antítesis todo un credo mezcla de idealismos arruinados y cuadros de utopías existenciales, y en medio, el hombre supremo padecedor. Este hombre es el mismo peregrino, residuo desolado de una cultura que nos presenta la novela burguesa europea, y es comprensible que eso no nos pasme, pero en la desgarrada aventura de Mariño-Palacio está la dimensión cósmica de esa intentona, de ese fracaso que muchos soportan pero que pocos se atreven a asumir en su espectacular lección.

Picón Salas, tan grato a los jóvenes de Contrapunto, dijo que el problema de la cultura era esencialmente un problema de forma, al margen de la fidelidad de esta afirmación es sugestivo el hecho de que sea justamente en ese nivel donde Mariño-Palacio libre su tímida requisitoria frente a los maestros, es aquí donde difiere de la novela que constituía su guía, y es más importante esa divergencia cuanto que posteriormente habría de volver a las formas propuestas. Logra reconocer la inoperancia de ese modelo aparatoso sobre el que se construye un extraordinario evento -vrg. La Montaña Mágica- y se aplica a concebir una estructura más dinámica pero conservando la noción grandilocuente de esa novelística. Esto, naturalmente, era imposible lograrlo en dos libros. Dos libros que tienen toda la apariencia de lo experimental que eran, y de ese modo "Los Alegres Desahuciados" pudiera ser el desarrollo minucioso de uno de los cuentos incluidos en "El Límite del Hastío" o mejor aún, la síntesis de las ideas contenidas en todos los cuentos. En los dos libros hay una velada aversión a contar y las intencionales intromisiones conceptuales nos revelan esa disposición renuente a elaborar una trama consecuente sólo consigo misma. El

mismo Héctor Mujica -una de las personas más ligadas al proceso intelectual de Mariño-Palacio- no logra entender a cabalidad el carácter de estrafalario ensayo que alienta la novela, así dice: “La acción de estos (capítulos) se desarrolla con cierta precipitación, y a veces se corta intencionalmente...” Sin embargo, anota más adelante: “La lectura de la novela se hace sin fatiga, pues el desarrollo es más bien fílmico que a ‘tempo lento’ como en la obra cíclica de Proust”.

Estas obras producen un negativo desconcierto, adverso al autor que se repliega a considerar seriamente sus experimentos. Sus esfuerzos iban camino a sepultarlo, por un lado, el medio reacio y por otro lado el tiempo admonitor y premonitorio. Es así como nos explicamos el categórico viraje que se produce entre febrero del 47 (conclusión de “Los Alegres Desahuciados”) y agosto de ese mismo año, (inicio de “Batalla hacia la Aurora”), Pues esta segunda novela es la vuelta a un camino que el narrador nunca frecuentó y donde se acoge al tradicional esquema, que entre otras cosas no prescinde del marco natural que rodea a los actores. Es así como irónicamente la obra más orgánica y asentada de Mariño Palacio corresponde al momento en que sucumbe: frente a la intolerancia de la preceptiva como desastre no menor y además, “Batalla hacia la Aurora” es concluida en marzo del 48, a escasos nueve meses del minuto virulento que por escalas lo habría de sumergir en el absurdo.

Entendemos, entonces, que esa novela es el tributo del visionario a la conformidad, a los cánones; la prueba de que un mundo vesánico exigió su cuota de mísera reverencia al petulante.

“Andrés Mariño-Palacio es fino cirujano del complicado sistema emocional del hombre de nuestros días y estas latitudes”, señala alguien sobre la novela, y la inobjetable concesión nos altera de nostalgia, pues necesariamente pensamos en su otra desarreglada y pequeña novela.

Se impone apreciar una obra ligada a una actitud que nos habla de un destino entregado con profundo amor a la convivencia amarga con el arte, valorar no sólo la cultura militante, sino la humilde e incondicional vocación con que el artista se da al interrogatorio de los sentidos que guardan simultáneamente el íntimo fausto y el íntimo desencanto. Actitud que hoy luce como soberbio ejemplo, pues a la pasión militante se ha opuesto la pasión codiciosa que entiende la sensibilidad como desnaturalizado acceso a cierta cultura de prestigio y status.

Pero los ejemplos, como las profecías, y para que la clemencia se muestre en toda su desconcertante inocuidad, suelen estar condenados a un minucioso olvido. Ni las halagadoras comparaciones, ni los impresionantes calificativos, ni las amables evocaciones rinden justicia al compañero sobresaliente e incomprendido y para el momento de su muerte quizás irrecordable; nada puede detener la esplendidez que se desbordó en diálogos y amorosos entusiasmos. "Sus amigos, sus compañeros de generación, ¿qué hicimos por Andrés? Lo dejamos que se nos fuera desde la desolación de su tiniebla", se duele Lucila Velásquez. "Andrés el Pionero, el cruzado, fue la primera de las víctimas. Otros han sucumbido menos gloriosamente, menos dramáticamente "escribirá Héctor Mujica al recordar al grupo. Y aún dentro de su espanto inmóvil su voz buscó a los amigos en amarga reconvención: "... estoy convencido que para lo único que tengo vocación es para ser un hombre por siempre solitario", carta a Salazar Martínez en México. "Forjar con los puros dientes o las puras encías el alba luminosa del sesenta", carta a Héctor Mujica en París. El camarada herido arrastrándose hacia la aurora, ese porvenir "luminoso" que atesorara años atrás en plenitud de su ardor: "Dentro de diez días tendré 21 años, se avecinan 9 duros años en que tendré que combatir sin tregua" (del diario parcialmente destruido). Fue dejado solo con su tremendo



hallazgo y expuesto a la devastación de un fuego que no consiente devaneos. Resolver era darse en los términos del huracán, la otra alternativa, aceptar condiciones, equivalía a la huida. Su sangre aleteó por última vez, lanzado al fondo donde son asediadas las osadías le fue exigida la rendición. Pero desde ese fondo de fríos murmullos, Mariño-Palacio volvió a ratos. Ratos ya inútiles, iluminando a despecho tramos de agonía y bochorno, posibles sólo para formular la patética demanda: "Yo, Andrés Mariño-Palacio, mayor de edad, soltero, profesión escritor, recluido por imperativos de la vida en la Clínica Coromoto: deseo mi pronta recuperación, y al efecto retornar a mi antiguo vivir, cuando me hallaba en perfecto estado de salud trabajando en mi propia casa. Hice muchos trabajos literarios para El Nacional, El Universal, El Herald, El País... De estas cosas muchas destruí, otras quizás están perdidas. Mi madre tiene algunas. Trabajé con ardor. Me gustó siempre publicar en El Nacional por sus características de gran periódico, en donde nos abrió las puertas el magnífico Antonio Arráiz, quien dejó en mi vida su huella más profunda" (de los papeles encontrados por R.J. Lovera de Sola en la Biblioteca de Mariño-Palacio, la anotación lleva fecha 2 de junio de 1964).

## E

La tarde rociada por la repentina lluvia parece apurar el último día de octubre. El cortejo de rostros desprevenidos se detiene para que J.M. González y Márquez Salas soporten sobre sus hombros el ataúd resbaladizo del que se evaporan imperceptibles tibiezas. A duras penas logra contener su agitación J. M. González, tiene razones adicionales para sentirse adolorido. Ultimamente lo había visitado y sabía de la notable mejoría que en alarde de ofuscada generosidad parecía despejar un antiguo patio de lianas. La inesperada luz quiso espantar ajenos habitantes, pero el invulnerable había cedido su corazón, único lugar por donde debía morir.

## BIBLIOGRAFIA DE AMP

- 1.- El límite del Hastío.  
Ed. Librería Venezuela. Caracas, 60 Pag.s  
1946.
- 2.- Los Alegres Desahuciados. Ed. Contrapunto. Caracas. 112 Pág.s  
1948.
- 3.- Batalla Hacia la Aurora. Editorial de J. Villegas. Caracas, 224 Págs. 1958.
- 4.- Ensayos. Biblioteca Popular Venezolana. Nº- 110. INCIBA. Caracas. 333 Págs.

